



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

DEBATE

POR MERCEDES BLANCO
CIESAS Ciudad de México
merblanco@prodigy.net.mx

El tema de las identidades en general, y de las profesionales en particular, resulta muy interesante, entre otras cosas, porque se acerca a algunas interrogantes de larga data pero aún vigentes en la investigación social, como la dificultad de tratar el cruce entre las dimensiones macroestructurales y microsociales. Pero también porque en los diferentes textos que conforman este libro se hace referencia a las complejas y heterogéneas características del mundo laboral contemporáneo.

Los siguientes comentarios se centran en la parte III dedicada a la “formación de las identidades profesionales en espacios feminizados y masculinizados” (p. 101). Una primera observación general es que los escritos nos parecen muy útiles como fuentes didácticas, ya que pueden ser empleados en los cursos de metodología de muchos programas de posgrado. Los cuatro capítulos son buenos ejemplos del proceso que va desde el planteamiento de un problema de investigación y cómo hacer un muestreo teórico, hasta la presentación de resultados.

Antes de hacer referencia a cada uno de ellos me parece pertinente decir que es muy acertado que haya dos textos dedicados al campo de la enfermería en México y otros dos que analicen el mundo de los y las ingenieros/as, pues hace posible establecer comparaciones por parte de los lectores, que la y los autores no pudieron establecer en su propio trabajo.

El capítulo “Orientaciones y significados del trabajo en un grupo de enfermeras de élite en la Ciudad de México”, elaborado por Hedaldid Tolentino Arellano, trata uno de los rasgos más comunes de la enfermería, la alta participación de las mujeres, pero a la luz de una perspectiva de género. Este eje analítico se cruza con el del estrato socioeconómico, y se afirma que las enfermeras que laboran en el sector público provienen de contextos con bajos recursos económicos. En este caso, el universo de estudio son las enfermeras del Instituto Nacional de Nutrición, en la Ciudad de México.

Es importante lo que destaca Tolentino en cuanto a la homogeneidad y la heterogeneidad del grupo de enfermeras examinado, pues, como suele suceder, aunque comparten una serie de elementos, también resaltan las diferencias. Aquí, la principal discordancia proviene del tipo de formación profesional, en cuanto las jóvenes que estudiaron dentro del propio Hospital de Nutrición presentan mayor capacitación y especialización.

La autora también busca dar cuenta de algunos rasgos de la dimensión subjetiva; como es sabido, el estereotipo de la enfermera dedicada al cuidado de los otros corresponde con la imagen tradicionalmente femenina que durante siglos se le impuso a toda clase de mujer. Es decir, no obstante la creciente incorporación de las mujeres a los mercados de trabajo y los cambios ocurridos en diferentes órdenes, en el caso de la enfermería persiste la relación entre las labores que implican el cuidado de los demás y la construcción sociocultural de género.

Por ello es valioso que el texto que le sigue considere no sólo a las enfermeras sino a los pocos hombres que han incursionado en este mundo laboral feminizado. Andrés López Ojeda escribió sobre las “Formas simbólicas y tránsitos identitarios. Una aproximación teórico-metodológica a la percepción, uso y apropiación de la noche entre los enfermeros y enfermeras nocturnos”. Tanto López Ojeda como Tolentino trabajaron con una encuesta elaborada por ellos, con entrevistas a profundidad y observación participante. En esta oportunidad sólo subrayaremos un aspecto de entre los muchos que merecerían estudiarse, puesto que el autor incluso presenta una reflexión epistemológica sobre algunas maneras de hacer investigación social.

López Ojeda habla de los tiempos institucionales, como horarios y turnos establecidos (entre ellos precisamente los nocturnos), y el modo en que éstos coexisten con los tiempos individuales. Lo que provoca que, a pesar de las reglamentaciones existentes, las enfermeras y los enfermeros del turno nocturno se apropien de espacios y tiempos y que los adapten a sus necesidades más básicas y cotidianas. Como bien dice el autor: “llevan al ámbito del trabajo una forma cultural popular de ordenar el espacio cuya lógica característica es la multiplicidad de su uso” (p. 135).

Este aspecto nos llamó especialmente la atención porque hizo recordar una investigación propia, donde en otra esfera laboral –la burocracia gubernamental– las trabajadoras administrativas hacían exactamente lo mismo, aunque aplicado por supuesto a otras actividades. Así como los y las enfermeros/as buscan la forma de dormir durante la noche, cuando se supone deben estar despiertos todo el tiempo, y acoplan horarios y espacios para su descanso, en la investigación evocada, las oficinistas se las arreglaban para salir a las 12:30 o una de la tarde e ir a recoger a sus hijos a la escuela primaria, y luego los llevaban a la oficina y hacían de este espacio una extensión de su casa donde podían vigilar a los niños. Por su parte, los pequeños usaban el mobiliario como columpios y resbaladillas. En pocas palabras, podría pensarse en algo así como “la informalidad de la formalidad”.

En cuanto a los dos ensayos que se aproximan al terreno de la ingeniería, el de André Beraud, “La llegada de las mujeres a las actividades tradicionalmente masculinas”, habla sobre la ingeniería en siete países europeos, poniendo especial atención en Francia, y de ahí deriva algunas consecuencias que este cambio puede tener en las identidades profesionales.

El autor señala que, por supuesto, la presencia de las mujeres sigue siendo minoritaria en los estudios, oficios y profesiones vinculados con la tecnología, que conforman un universo mucho más amplio que el de las ingenierías, pero además siguen manejándose cánones muy masculinos, por ejemplo, de lo que es ser un “buen ingeniero”, pero no sólo por parte del común de la gente, sino de los mismos profesionistas.

Es por ello que André Beraud se pregunta cómo es que las mujeres que optan por estudiar ingeniería y luego por trabajar en esta profesión logran integrarse a este mundo aún tan masculino. Entre otras cosas, responde que todavía hay mucha disparidad entre los hombres y las mujeres ingenieros/as, tanta que hasta ellas se autoexcluyen de ciertos dominios.

Es apreciable lo que apunta el autor sobre las diferentes percepciones en cuanto a ser ingeniero e ingeniera en dos puntos distintos del tiempo: mientras están estudiando, hombres y mujeres tienen expectativas muy similares respecto a su futuro profesional. La situación cambia posteriormente, cuando los y las egresados/as de las escuelas de ingeniería se enfrentan al mercado de trabajo o cuando ya están inmersos de lleno en un trabajo formal. Ahí la situación es muy distinta entre hombres y mujeres. Por ejemplo, ellos tienen acceso a una mayor proporción de puestos con alta responsabilidad y, por lo tanto, con más poder; ellas se concentran en ciertas áreas como recursos humanos o comunicación. El famoso techo de cristal no ha podido hacerse añicos. En resumen, André Beraud indica que la segregación y la discriminación existen y persisten en el diverso mundo laboral que da cabida a las profesiones ligadas con la tecnología.

Otro aspecto que toca este autor es la muy conocida relación entre familia y trabajo; en el mejor de los casos, las ingenieras no están exentas de supervisar el ámbito doméstico.

Con un tema similar, Alfredo Hualde nos traslada a nuestro contexto nacional. En su capítulo habla de “Mujeres y trabajo técnico en la industria maquiladora. Identidades y trayectorias profesionales”, donde la presencia femenina también es minoritaria. En este caso, Hualde toma en cuenta no sólo a las ingenieras profesionales sino a mujeres con carreras técnicas que requieren muchos menos años de estudio.

También en la inserción en los mercados de trabajo es donde los contrastes entre hombres y mujeres se vuelven más visibles y contundentes, aunque en algún momento el autor afirma que “la dimensión diferencial del género, no debe exagerarse” (p. 166). Sin embargo, unas páginas más adelante sostiene: “La maternidad suele obligar a un reacomodo o una interrupción de la carrera profesional entre las ingenieras de las ciudades analizadas [Tijuana y Hermosillo]” (p. 168). Finalmente, concluye: “El análisis de la

trayectoria profesional ratifica las dificultades que experimentan [las ingenieras] por su condición de mujeres” (p. 171). Esta especie de ambivalencia o ambigüedad surge de la propia información, pues a pesar de todos los obstáculos ya conocidos, y algunos reseñados en este capítulo, para el desarrollo profesional de las ingenieras, Hualde menciona que la mayoría de las entrevistadas tiene, en general, una carrera ascendente.

Para terminar, cabe sostener que los capítulos que conforman la parte III de esta obra constituyen ejemplos no sólo de la heterogeneidad laboral sino de los cambios y las continuidades que actualmente coexisten en el amplio universo del trabajo.